

SERIE "NEGRA Y
RECORTADA"
Nº1

CEMENTERIO DE BABEL



FERNANDO DE CEA

CEMENTERIO DE BABEL

FERNANDO DE CEA

CEMENTERIO DE BABEL

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito del autor.

© Fernando de Cea Velasco 2019

www.fernandodecea.com

Photo by Pixabay

No me gustan los funerales. Los odio. Obviamente no he faltado a éste, pero siempre que puedo busco alguna excusa con tal de no asistir a velatorios, responsos, misas de difuntos y toda esa monserga. No soporto las condolencias forzadas, los pésames con la boca chica, la hipocresía de los vivos para con los fallecidos y, lo que es peor, para con los familiares y amigos de los muertos: "si puedo hacer algo no dudes en llamarme", "era tan buena persona", "siempre se mueren los mejores"... Frases hechas pronunciadas con la falsedad del que por educación se ve obligado a dar el pésame. ¿Que no dudes en llamarme? Procura no darme la lata, porque no te voy a hacer ni caso, eso es lo que habría que decir. ¿Que era una buena persona? ¿Que lo sientes mucho? Pero si ni siquiera lo conocías. A lo mejor era un maltratador, o una arpía de cuidado... ¿Tú qué sabes cómo era? Anda, por favor, no me jodas, es lo que más de uno se merecía como respuesta cuando le llega el turno en la fila de los que presentan sus respetos.

Una cola que hoy por lo menos ha desfilado con premura debido a la que estaba cayendo. ¿Por qué llueve siempre en los entierros? Es como si estuviera previsto en el programa: a las 10:00 comienza lluvia; a las 10:30 llegada de la comitiva al cementerio; a las 11:00 sepelio; a las 11:30 fin de lluvia... Como si formáramos parte de una secuencia de cine ¿Recuerdan alguna escena de un entierro en la gran pantalla? ¿En cuántas de ellas se pone a llover? Desde luego, queda muy bien, muy metafórico. El agua calando al público que aguanta la llovizna otoñal de riguroso luto negro, escondidos detrás de gafas oscuras que parecen querer ahuyentar a un sol que brilla por su ausencia. Cobijados debajo de los paraguas que gotean sobre el ataúd lágrimas de cocodrilo, al tiempo que escuchan las solemnes palabras que con una rutina inmisericorde recita el sacerdote, las mismas que se oyen cada vez que alguien deja este mundo. En primera fila, enfrente del cura, se sitúan los fa-

miliares más cercanos y los amigos íntimos. Unos más que otros, todos aguantando el tirón, deseando que acabe. Algunos hasta se atreven a mirar el féretro no con pena, sino con el temor del que sabe que, tarde o temprano, ocupará ese puesto. En segundo término, para no perderse detalle, suelen colocarse los que acuden por puro morbo, una especie de frikis que coleccionan funerales y que parecen vivir en el camposanto; detrás se refugian los que han llegado tarde —la mayoría a propósito—; y, finalmente, el resto, un pequeño conjunto de desconocidos, seguramente familiares lejanos, o cercanos, pero que sólo aparecen en contadas ocasiones y que se comportan como los extras que son contratados para hacer bulto. Figurantes —qué palabra tan adecuada— a imagen y semejanza de los que participan en los rodajes a cambio de unos euros y un bocadillo; secundarios que no tienen arte ni parte en la trama y que no vuelven a aparecer más en las vidas de los protagonistas. Son plañideras que justifican su presencia con jaculatorias y pésames que entregan a cambio de que los familiares del muerto hagan lo mismo cuando a ellos le llegue su turno. Compromisos de relleno que aseguran un mínimo de quórum en futuras exequias, una suerte de seguro de participación que descansa en el consabido, “hoy por ti mañana por mí”.

Mientras eso ocurre, el féretro, protagonista solitario de la escena, aguarda el fin de la ceremonia a los pies de los asistentes, orillando el que va a ser su lugar de descanso: una oscura y húmeda fosa rectangular.

Hoy también ha sido así, tal como lo he descrito. Una desagradable mañana en blanco y negro, en la que las nubes plomizas pesaban tanto como la losa que ha sellado el sepulcro. Cumulonimbos que no permitían el paso de la luz, que se han empeñado en que hasta los ramos de flores y las coronas que se amontonaban sobre la gruesa lápida de mármol perdieran su color.

Qué diferencia con lo ocurrido hace tan solo tres semanas cuando inaugurábamos la empresa. Qué opuestos los ánimos de entonces a los de hoy, y qué público tan distin-

to. Dos jornadas dispares que, sin embargo, han tenido una protagonista común. A pesar de que aquel sábado la fiesta era en honor de los socios de la agencia, Paula se cuidó mucho de prepararlo todo para ser ella la figura central. Quiso ser la estrella del evento, el foco de todas las miradas. Seguramente entonces consiguió su propósito; esta mañana, en el cementerio, también lo ha logrado...

La rodilla en la espalda

Las gambas bechamel, el salmorejo de remolacha y el jamón de pata negra eran los mayores logros del selecto catering que Paula había contratado, y por el que continuamente estaba recibiendo las felicitaciones de unos y otros. Las mesas de negociado, cubiertas con caminos de reps amarillo limón y decoradas con flores en pequeños jarrones cúbicos, tampoco habían quedado mal. La luminosidad de la habitación era otro elemento que sumaba: gracias a ella no hubo necesidad de encender los focos que en hileras de a cuatro se distribuían por el techo. Los ventanales apaisados llenaban todo un testero del local, y los rayos del sol aún entraban con fuerza suficiente a esas horas de la tarde para espejear sobre la puerta acristalada de la entrada. Las paredes blancas y los tonos cálidos de suelo y mobiliario conseguían que la luz proporcionara una agradable y tibia sensación de amplitud, desde luego mucho más de la que en realidad existía en aquellos cien metros cuadrados de oficina. Era la superficie que ocupaba la sala central donde Pelayo, Benito y la secretaria tenían su lugar de trabajo. A pesar de que los tres socios se repartían por igual los beneficios, Félix era el único que disponía de despacho, el reservado para el director gerente.

La fiesta era todo un éxito. Al mes de octubre apenas le quedaba una semana de vida, pero no hizo falta conectar la bomba de calor del aire acondicionado gracias al extemporáneo tiempo primaveral que estaban disfrutando, y a que la sala se encontraba a reventar. Unas sesenta personas, había calculado Paula, que se sentía satisfecha por un trabajo bien realizado. Sólo se le había escapado un detalle, aunque de forma involuntaria: ella iba vestida como si formara parte de una recepción en la casa real, mientras el resto de invitados no podían ir más casual. Daba la impresión de

que lo que se estaba celebrando era una merienda en el bar de la piscina de la urbanización donde vivían Paula y Félix, en lugar de la apertura de una nueva agencia literaria en el centro de Sevilla. Seguro que se había corrido la voz de que la fiesta era de sport.

A pesar de todo, Paula de Zuloaga se encontraba en su salsa. Lo llamativo del vestido corinto, con un escote igual de provocativo que la sensual abertura de la falda talar, y la escasa competencia femenina —todas tan poco arregladas—, estaban jugando a su favor: no cabía duda de que Paula era el centro de la reunión. Algo con lo que siempre había soñado, lo que ansiaba casi de forma enfermiza por encima de todas las cosas. El haber preparado el evento y, sobre todo, el haber confeccionado la lista de invitados, le había proporcionado la oportunidad de ver cumplido su desiderátum, el que esperaba desde hacía exactamente tres años y dos meses, la fecha de su boda con Félix.

Paula se había casado con Félix Otero, empresario y director de una agencia literaria, porque se imaginaba que la licencia de matrimonio iba a ser como el carné de socio que le daría acceso inmediato a la clase alta; algo que sin duda ella merecía. Gracias a esa creencia, disfrutó de la luna de miel y de las primeras semanas de casada. Cuando vio que transcurría el tiempo y que Félix no la “presentaba en sociedad”, comenzó a darse cuenta de su error: Félix resultó ser un completo desconocido para la jet, un don nadie al que tampoco le interesaba introducirse en ese ambiente selecto. Vivía para y por sus libros. Como una rata de biblioteca, apenas se relacionaba con la gente, con ninguna clase de gente; sólo se trataba con los autores a los que representaba, y lo hacía porque no tenía más remedio, porque de ello dependía su negocio.

Félix era el prototipo de macho ibérico, aunque sólo en apariencia. Paula se había casado con él después de un fugaz noviazgo. Se conocieron en un pub gracias a que el camarero les sirvió en la barra las copas equivocadas: un Baileys para él y un dry martini para ella. La devolución de las bebidas dio pie a la típica conversación de ligue de los pu-

retas que allí solían reunirse. El intrascendente diálogo inició una relación que terminó en boda a los pocos meses. Paula se preguntaba si se dejó llevar por la teórica buena posición de Félix en el mundo empresarial, o si en realidad deseaba acostarse con aquel hombre que parecía salido de una telenovela mexicana; o si fueron ambas cosas. La tez oscura, el bigote ancho que disimulaba el involuntario gesto de levantar la comisura derecha de los labios, la rotundidad de un físico corpulento, y la firmeza de una mirada seria de ojos tan oscuros que parecían atrapar la luz, sin duda eran elementos que de entrada podían resultar atractivos.

Pronto Paula descubrió que detrás de aquella presencia arrebatadora no había nada, como un edificio en reconstrucción al que le han mantenido la fachada, pero lo han vaciado por dentro. La seguridad de su típico gesto de intelectual decimonónico, cuando se atiesaba con insistencia las guías de su bigote, no era tal: en realidad escondía desconfianza, indecisión y pesimismo. Félix era un mar de dudas en todos los proyectos que emprendía. Un literato adocenado al que nada le salía bien. Según su propio criterio, se sentía gafado, como si fuera una víctima azarosa de alguna maldición.

Con ese carácter, a Paula le extrañaba que Félix aún tuviera ganas de emprender un nuevo negocio. Al parecer, el empuje de los otros dos socios había sido determinante. Lo convencieron para unir sus agencias, para compartir una idea y, sobre todo, para reducir gastos. Quizás esa fue la razón por la que Paula veía a Félix más animado que de costumbre. O eso, o que el cava estaba haciendo su efecto: Félix no dejaba de hablar con unos y con otros, en especial con el empresario de moda, Darío Alcácer. Desde que Félix lo atrapó en una esquina, no lo había soltado. Debía estar muy cargado de alcohol porque jamás abría la boca, y menos ante un extraño.

En realidad, a Paula le daba igual con quién charlara Félix, lo que de verdad le molestaba era su poca consideración hacia ella. Paula no conocía a nadie. Se había preocupado de invitar a lo más selecto de la ciudad, pero jamás

había hablado con ninguno de ellos; y se moría de ganas por hacerlo. Se lo había dicho a su marido antes de empezar la fiesta, pero el inútil de Félix pasaba de ella, tan sólo le había presentado a uno de sus socios, al de menor edad: Benito Senent. Paula ya llevaba una hora hablando con él y no veía el momento de dejarlo plantado para poder conocer al resto de invitados.

Benito era mucho más joven que Paula: si ella ya había rebasado los treinta y cinco, él aún no había cumplido los veintiséis. Era bajo, con la frente despejada, la nariz tan ancha como la de un congoleño y el cabello castaño ondulado como la mar rizada, pero peinado con esmero, sin ningún pelo fuera de su sitio. Era el único que llevaba corbata, al menos no desentonaba mucho con el traje de Paula, pensó ella. Benito siempre sonreía, de pura timidez, y no hacía más que hablar de su novia. También se le había desatado la lengua y Paula ya estaba harta: que si Patri por aquí, Patri por allá, que si se iban a casar, que si era la mujer más guapa y simpática del mundo, que había sido un flechazo, y todo eso. Paula no sabía a dónde mirar y a qué excusa recurrir para dejarlo plantado. Sólo se interesó por la conversación cuando Benito le dijo que era la primera persona a la que le había confesado lo de la boda inminente. A Paula le extrañó tanto secreto. El socio más joven de su marido no quería, por nada del mundo, que se supiese en la oficina lo de su prometida; todavía no. Y era porque no se fiaba del “bocazas de Pelayo” —esas fueron sus palabras—, temía que su compañero lo echara todo a perder cuando Benito ni siquiera se había atrevido a pedirle a Patri que se casara con él.

—¿Y a qué esperas? —le apremió Paula.

—Quiero tenerlo antes todo bien atado.

Los nudos que a Benito le faltaban por amarrar eran, en primer lugar, rematar el plan de tesorería, los ingresos y los gastos, de los diez primeros años de casados. Dicho estudio contable incluía el cuidado y la educación de dos hijos, “aunque siempre pueden salir trillizos como le ocurrió a Pelayo, claro que también he estudiado la probabilidad de

que eso suceda, y es mínima dados los antecedentes de Patri y los míos”, se explicó Benito al que no se le escapaba ningún detalle. También le faltaba elegir un anillo de compromiso, y buscar un hogar adecuado donde formar una familia feliz.

—Pues mira, a eso te puedo ayudar —se ofreció Paula.

—¿A comprar el anillo? —se le iluminó aún más la frente a Benito.

—No. A encontrar piso. Pero también tienes que guardarme un secreto.

Benito asintió con vehemencia: toda ayuda era poca, tan perdido se veía. El joven lo planeaba todo con minuciosidad mientras se encontraba sentado en su escritorio, pero a la hora de salir a la calle para ejecutar lo que tenía programado, se sentía totalmente superado por las circunstancias que rodeaban su “complicado” noviazgo. Por eso vio el cielo abierto con el sorprendente anuncio de Paula: la mujer de su socio estaba trabajando desde hacía unas semanas para una inmobiliaria, si bien debía hacerlo a escondidas de su marido. Félix era tan antiguo como parecía: jamás habría permitido que su esposa trabajase, y menos con público, enseñando casas.

El trabajo le surgió a Paula de improviso. Fue en primavera, justo después de la muerte de su suegra. La herencia trajo consigo la disputa entre los hijos de la difunta. Tanto Félix como sus hermanos, en total diez, fueron incapaces de ponerse de acuerdo a la hora de repartirse los bienes. Sobre todo, en lo referente a la vieja mansión de los Otero. Unos querían venderla y otros vivirla. Las cifras, las de la venta y las de la compensación monetaria para con el resto por parte de los que querían habitarla, eran el origen del conflicto. Mientras se resolvía la pelea, decidieron alquilar el chalé. Como era un caserón antiguo, pero muy bien situado en la avenida de La Palmera, junto al puente de Los Remedios, pronto le llegaron ofertas de distintas agencias inmobiliarias. NetCasa.com fue la que finalmente se encargó del arriendo y Paula la que se ofreció para hacer de intermediaria de la familia, ya que ni en eso se ponían de

acuerdo sus cuñados. Así fue como conoció al gerente de la agencia.

Paula esperó dos meses antes de hablar con el director para ofrecerse como agente inmobiliario. Sus pretensiones económicas eran fáciles de admitir: trabajaría a comisión, pero el porcentaje era tan ridículo que prácticamente lo haría gratis. Paula sólo puso una condición: las viviendas que enseñaría a los clientes debían ser de lujo. El gerente de NetCasa se frotaba las manos encantado con la propuesta; y ella también: por fin tenía un estupendo medio de conocer a toda clase de personas adineradas.

—Dame unos días —propuso Paula—. Llámame el jueves, te digo lo que tengo y concertamos una cita para ver un par de casas.

—¡Estupendo! —exclamó Benito—. ¿A qué hora...?

—Shhh —le interrumpió ella—. ¡Calla, que viene mi marido!

Benito se volvió asustado y vio, en efecto, cómo Félix se acercaba a la pareja con gesto serio. Sin mirar a Benito, agarró con fuerza del brazo a Paula, como si la estuviera retirando del borde de un abismo, y se la llevó al otro extremo de la sala.

—¡Nos vamos! —ordenó Félix con voz ronca.

Mucho antes de que llegaran los invitados, ya le había advertido del ridículo que iba a hacer embutida en ese traje de noche. Que no celebráramos una boda, sino la inauguración de la empresa; un cóctel de tarde, no una cena de gala. Pero no me hizo caso, me lanzó como siempre esa mirada de tuquesabrás y se volvió engolada hacia el responsable del catering para darle las últimas consignas. La dejé hacer. Vi cómo disfrutaba mientras impartía órdenes a unos y otros, daba el visto bueno a los canapés, organizaba las bebidas y supervisaba la colocación de las mesas y las sillas. La verdad es que estaba deslumbrante con el vestido rojo, la melena oscura, y la sonrisa de anuncio que cerraba aún más sus ojos achinados. Los pómulos sobre-

salían tanto del rostro como sus pechos apuraban el ceñido vestido. La veía echada hacia adelante cada vez que se acercaba a saludar a alguien, como si quisiera adelantarse a sus propios pasos. Le encantaba esa forma de caminar que a mí me ponía de los nervios: con los hombros hacia atrás para resaltar el busto de forma provocativa, como si alguien le estuviera clavando la rodilla en la espalda.

No, no me hacía ninguna gracia contemplar cómo Paula se insinuaba al personal con su voz grave de película de serie B. No quería estar presente cuando eso sucediera —ya lo había presenciado en bastantes ocasiones y siempre habíamos terminado discutiendo— así que le presenté al primero que apareció en la sala, a mi socio Benito Senent, y me aparté de ella lo más lejos que pude.

Refugiado en el champán, ese día me propuse abstraerme de los flirteos de mi mujer para dedicarme a pensar en lo que se avecinaba. Quería regodearme con la visión lisonjera de mi futuro. Realmente estaba ilusionado con la nueva empresa. Si todo se desarrollaba tal como había previsto, podría dedicarme a tiempo completo a la parte de mi oficio con la que de verdad disfrutaba: la evaluación de libros, la selección de novelas.

Y eso que antes, mucho antes de entrar en la universidad para hacer Filología, mi intención era muy diferente: siempre había soñado con ser escritor; no un escritor cualquiera, sino uno de fama, de los cuatro o cinco que de verdad viven de la escritura, los que tienen aseguradas millones de copias tan sólo por aparecer su nombre en la portada de la novela. Cuando acabé la carrera, me pasé dos años sin salir apenas de casa, encerrado, escribiendo la que esperaba fuera una obra magna de la literatura universal. Sólo después de mandarla a cincuenta editoriales y una veintena de agencias, y de que ninguna de ellas se dignara a contestarme, salvo el consabido “su obra no encaja en nuestra línea editorial”, me di cuenta de que mi vocación real no estaba a este lado de la batalla literaria, donde luchan los escritores fracasados. Mi lugar se encontraba enfrente, en el bando de los vencedores, el de los agentes y